

PALABRAS DEL DOCTOR JORGE CARPIZO EN EL CONVIVIO  
QUE SE LE OFRECIÓ CON MOTIVO DEL OTORGAMIENTO  
DEL DOCTORADO *HONORIS CAUSA* POR PARTE  
DE LA UNIVERSIDAD DE TEL-AVIV

Para mí esta es una noche de agradecimientos que expreso con marcada emoción.

Mi agradecimiento a la Universidad de Tel-Aviv por haberme honrado en forma tan especial.

Mi agradecimiento a la Asociación Mexicana de Amigos de la Universidad de Tel-Aviv, de la cual partió la iniciativa para el otorgamiento del doctorado *Honoris Causa* y el ofrecimiento de este espléndido convivio. Mi agradecimiento especialmente a su presidente Moisés Becker y a su ex presidente Jaime Constantiner.

Mi agradecimiento a las autoridades de la Universidad de Tel-Aviv que apoyaron y aprobaron esa iniciativa y a su magnífico presidente el doctor Yoram Dinstein, jurista ilustre, gran humanista, amigo excepcional y muy querido.

Mi agradecimiento a las autoridades de la Universidad de Tel-Aviv que nos acompañan esta noche, mis entrañables amigos el señor Benno Gitter, presidente de la Junta de Gobierno; el profesor Shimon Shamir en representación del rector Itamar Rabinovich, y la doctora Ilana Ben-Ami, vicepresidenta para América Latina y España.

Mi agradecimiento al grupo de amigos mexicanos que me acompañaron a Tel-Aviv a la ceremonia de recepción del doctorado *Honoris Causa* y a quienes rindo homenaje en las personas de mis hermanos Carlos y Carmen, y de mis también hermanos Guillermo y Socorro Soberón.

Mi agradecimiento a todos y cada uno de ustedes por acompañarme en esta noche de alegría y de amistad. Por casi dos décadas he estado muy ligado a la comunidad mexicano-israelita, de la cual he recibido comprensión y amistad; nos liga una comunión de ideales. No expreso nombres porque sería interminable mencionar a tantos y tantos amigos cercanos y correría el peligro de omisiones involuntarias pero imperdonables.

En Tel-Aviv manifesté que sentía que el señalado honor que se me confería, corresponde también a un grupo de académicos que trabaja-

nios estrechamente en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto en el cual serví como su secretario y director, donde durante diecinueve años fui investigador de tiempo completo y con el cual, afortunadamente para mí, continúo estrechamente vinculado.

Al comienzo de mi dirección en el Instituto conocí al doctor Yoram Dinstein, entonces director de la Facultad de Derecho de la Universidad de Tel-Aviv. Hubo una muy buena química entre nosotros. Tenemos intereses profesionales muy cercanos. Este fue el principio de múltiples actividades entre el Instituto y la Universidad de Tel-Aviv. En 1981, conjuntamente, se organizó en esa Universidad el *Congreso Mexicano-Israelita sobre Derechos Humanos*. Fue un evento espléndido. Posteriormente esa Universidad publicó las ponencias del *Congreso*. Así fue como estuve físicamente por primera vez en esa Universidad que por muchos años he sentido mía y ahora formo parte de su claustro, lo cual llevo con íntima satisfacción.

He sido invitado a numerosos eventos académicos internacionales a sugerencia de la Universidad de Tel-Aviv y de Yoram Dinstein. Así, he trabajado muy de cerca con muchos de sus más distinguidos profesores de derecho, varios de los cuales han participado, a su vez, en las actividades del Instituto.

Conozco muy bien a la Universidad de Tel-Aviv y por ello afirmo que ella y el Instituto poseen vidas paralelas: son instituciones académicas relativamente jóvenes si las comparamos con aquellas que tienen siglos de existencia, pero que por su esfuerzo han alcanzado un muy bien ganado prestigio académico tanto en sus países como internacionalmente. Son instituciones cuya base y soporte es la excelencia académica, no como una simple frase buena para discursos, sino como una convicción que se actualiza con hechos. Excelencia en la investigación; excelencia en las publicaciones; excelencia en los eventos académicos; excelencia en la preparación del personal académico.

Pero se persigue y se alcanza la excelencia académica no como un fin en sí mismo sino como un medio para servir a la sociedad y al país. Tanto en esa Universidad como en este Instituto se está estrechamente ligado y comprometido a la resolución de problemas nacionales. Y de nueva cuenta, esto no son simples palabras sino hechos y más hechos. En esta noche no nos acompaña, tal y como estaba programado, el doctor Itamar Rabinovich, rector de la Universidad, porque se encuentra, como el gran experto que es, a cargo de las pláticas de paz entre Israel y Siria. ¡Qué bueno!

El Instituto siempre ha colaborado redactando proyectos de leyes, opinando cómo se pueden resolver problemas y estando presente en momentos importantes del país, como actualmente en que una gran parte de los juristas que tienen la responsabilidad de estos aspectos en el Tratado de Libre Comercio, entre México y Norteamérica, fueron formados y fueron miembros de su personal académico.

El prestigio de una institución se gana únicamente con trabajo y con esfuerzos, con más trabajo y con dedicación. Así lo han conseguido nuestra Universidad y nuestro Instituto. La Universidad de Tel-Aviv es una institución extraordinariamente reconocida en todos los rincones del orbe y al Instituto se le considera entre los diez mejores del mundo en su materia. No lo digo yo, ni los mexicanos, así lo reconocen los más prestigiados institutos de Europa occidental.

Y tanto esa Universidad como el Instituto han tenido problemas, serios problemas, pero los han superado porque precisamente para eso son los problemas: para enfrentarlos y resolverlos. La fuerza de voluntad, el talento, los ideales, la disciplina y la constancia que distinguen a estas instituciones han hecho que puedan tener hoy las instalaciones materiales apropiadas para su trabajo y la Universidad de Tel-Aviv comienza un estupendo reacondicionamiento físico con el apoyo de sus egresados y de su sociedad.

El Instituto tiene un edificio esplendoroso, con la mejor biblioteca jurídica de América Latina, formada con los acervos de las bibliotecas de grandes maestros como, entre muchos otros, la de don Mario de la Cueva, don Andrés Serra Rojas, don Alfonso Noriega y don Jorge Barrera Graf.

El Instituto cuenta con el 3% del personal dedicado a la investigación y el 0.34% del total del personal académico de nuestra querida y venerada Universidad Nacional, pero publica el 13.5% de la labor editorial de esa Casa de Estudios. A partir de 1980 y hasta la fecha ha venido publicando, en promedio, 51 títulos al año.

La UNAM y la sociedad tienen confianza en el Instituto. Cuando las autoridades centrales de la UNAM no han podido o no han querido apoyar económicamente al Instituto, los recursos económicos han llegado de todas partes y jamás se ha disminuido el ritmo de trabajo. Ahí están los resultados. Muy importantes son las coediciones con varias casas editoriales, sobresaliendo en este aspecto la Editorial Porrúa, y ese gran promotor de nuestra cultura que es don José Antonio Pérez Porrúa.

La Universidad de Tel-Aviv y el Instituto son instituciones académicas en donde se programan las actividades, donde se valoran los resultados, donde se realizan los ajustes necesarios para alcanzar los objetivos

propuestos. En el Instituto nos sentimos muy satisfechos que muchas de sus costumbres y usos académicos son hoy parte de la legislación de toda la Universidad Nacional Autónoma de México.

El Instituto ha sido dirigido por juristas españoles y mexicanos. No es necesario decir ningún adjetivo. Sus nombres lo dicen todo, los enuncio cronológicamente: Felipe Sánchez Román, Raúl Carrancá y Trujillo, Mario de la Cueva, Antonio Martínez Báez, Agustín García López, Javier Eloía Fernández, Roberto L. Mantilla Molina, César Sepúlveda, Roberto Molina Pasquel, Héctor Fix-Zamudio, Jorge Carpizo, Jorge Madrazo y su actual director José Luis Soberanes, quien continúa este esfuerzo sostenido por alcanzar la excelencia académica.

Se podría pensar que por sus resultados, el Instituto cuenta con una planta inmensa de investigadores y técnicos. No es así. En 1966 contaba con 14 miembros del personal académico; en 1978 con 37, en 1984 con 66, y actualmente con 104.

Sin embargo, en los últimos treinta y cinco años, miembros de su personal académico han ocupado cargos muy importantes en México: uno, la Presidencia de la República; siete, secretarías de Estado o las Procuradurías General de la República y la del Distrito Federal; dos, Ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y uno de ellos, su Presidencia. Muchos han sido o son gobernadores, embajadores, legisladores, subsecretarios y oficiales mayores.

En la Universidad Nacional Autónoma de México, también, han ocupado puestos de responsabilidad: uno, la Rectoría; uno, la Secretaría General; dos, la Secretaría General Administrativa; cinco, la Abogacía General; cinco la Coordinación de Humanidades y en número incontable, direcciones de facultades y escuelas, y direcciones generales administrativas, así como la Presidencia y la Secretaría Ejecutiva de la Unión de Universidades de América Latina. Actualmente la Presidencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos la tiene uno de sus investigadores eméritos.

Luego, la historia y la vida de nuestro Instituto está íntimamente ligada a la del país y a la de la Universidad Nacional. Por ello decía que el Instituto como la Universidad de Tel-Aviv están presentes en la resolución de problemas nacionales a través de la excelencia académica. Hacemos esfuerzos por ayudar a resolver esos problemas nacionales porque no estamos en un juego de abalorios, sino comprometidos, íntimamente comprometidos, con nuestros países. Empero, tanto en el Instituto como en la Universidad de Tel-Aviv, sus miembros del personal académico comprometidos transitoriamente en cargos de dirección, seguimos estudiando e investigando, continuamos académicamente activos; ahí están

los libros, los artículos, las conferencias y las participaciones en los simposios. Y lo hacemos por convicción, porque la columna vertebral de nuestra existencia es la vida académica, pero entendemos ésta con ánimo de servicio: en el salón de clase, en el cubículo de investigación, en la redacción de proyectos legislativos y en la transitoriedad de los cargos administrativos. Nuestro ideal es ser mejores para servir, pero somos académicos, estamos obligados a producir académicamente y con calidad.

Los miembros del personal académico tanto del Instituto como de la Universidad de Tel-Aviv que hemos pasado por cargos administrativos hemos hecho honor a nuestros compromisos e ideales: en esos cargos no nos hemos cuidado a nosotros mismos, sino a las instituciones, nos hemos arriesgado por hacer lo que debíamos realizar y siempre hemos expresado la verdad. La mentira denigra a cualquier ser humano, más a un académico y a un investigador cuya misión es el descubrimiento y difusión de la verdad.

Existen ciudades que se hermanan. Lo mismo debe acontecer con las instituciones académicas. En mi opinión la Universidad de Tel-Aviv y el Instituto están hermanados en propósitos, en ideales y, lo que es más importante, en buenas realizaciones.

Hay ciudades de destino, según la expresión de Toynbee. Hay también instituciones académicas de destino: la Universidad de Tel-Aviv y el Instituto en sus pocas décadas de existencia así lo han demostrado porque su destino lo han forjado con trabajo, esfuerzo, dedicación, entrega, inteligencia, pasión y amor.

En mi Universidad Nacional, a la cual debo todo lo que soy, he trabajado en varias de sus dependencias, pero las dos que son más y yo soy parte indisoluble de ellas son la Facultad de Derecho y el Instituto. Esta noche me he referido sólo al segundo, porque próximamente tendré oportunidad de hablar de la primera.

Así, al relacionar a la Universidad de Tel-Aviv con algo que tanto amo como el Instituto, acerco a la Universidad aún más a mi corazón. Con mi mente y mi razón las admiro y respeto; con mi alma las hago mías y las quiero.

Vienen a mi memoria muchos rostros de la Universidad de Tel-Aviv. Muchos recuerdos. Muchas vivencias. Quiero pedir a mis amigos, a mis queridos amigos, Yoram Dinstein, Benno Gitter, Ilana Ben-Ami, Moshé Manny, Amos Shapira, Nathan Lerner, Baruch Bracha, Noemí Hassón y Zvi Naor, que le digan al personal académico de la Universidad, lo orgulloso, lo entrañable e íntimamente orgulloso que me siento de per-

tenecer al claustro de nuestra Universidad, de esa gran y magnífica Universidad de Tel-Aviv. Gloria a ella. ¡Viva, mil vivas y larga vida a la Universidad de Tel-Aviv!

24 de septiembre de 1992